El barillero y su muger no perdian una palabra de la conversacion.

—Si al mas tonto, continuó Jorge, le dicen: "rio abajo, márgen derecha, á un cuarto de legua del balseadero de Zirándaro, entre dos palmas una ziranda," de seguro que dá con el tesoro.

—Lo hubiera yo tenido por una conseja de la tia Ursula, si ella me lo hubiera contado.

—¿Pero ahora lo dudarás?

—Antes dudaria del sol que nos alumbra.

Los clarines llamaron "atencion," se dieron los toques respectivos, y se pusieron en marcha.

El barillero y su muger no habian perdido ni una sílaba de la conversacion de los oficiales.

—¿Combinas lo que has oido con lo que yo te referí que habia oido que contaba la tia Ursula á Alejandra? dijo la vieja.

—Claro, contestó el hombre: el tesoro debe existir, y aquí estamos cerca.

—Le irémos á buscar.

—Muy bien pensado: por ahora tengo sed.—Cacomixtle, dame agua.

Era la honrada familia del tio Lalo, desempeñando la honrosa comision de espías.

VII.

Veneno.

Los acontecimientos que vamos á referir en este capítulo, son tan extraordinarios, que á no ser tan verdaderos, no nos permitiriamos ni darles entrada en una novela: porque siendo una ficcion, seria faltar al respeto á nuestro lectores, el presentarles este cuadro. Pero mas de tres mil testigos pueden jurar la verdad de este episodio, que no comprendemos, porque pasó casi inapercibido.

Los franceses y belgas habian ocupado á Tacámbaro, y la columna republicana tomó el camino de la hacienda de Puruarán, donde pernoctó: alli quedó el general Arteaga, á quien sus heridas antiguas no le permitian caminar mas, con doscientos ginetes, y el resto de la fuerza se dirijió rumbo á Uruapan, pasando cerca de Ario, lugar ocupado por el enemigo.

El primer dia de camino, la tropa tuvo que pasar en la Sierra, por un lugar que llaman la cuesta del Tigre. Era el medio dia: los soldados iban fatigados, sedientos y sin comer, y uno de ellos descubrió entre los encinos un arbusto semejante á una mimosa, con un racimo de uvas pequeñas y rojas.

Sabido es que los soldados comen cuanto ven con figura de fruta, y aquel cortó la frutilla y la devoró con ansia.

Un oficial que iba cerca, lo advirtió.

—¿Qué comes?—le dijo.

—Esta frutilla, mi capitan—¿quiere usted?

—¿Cómo se llama?

—No la conozco, pero está sabrosa.

—Quizá será veneno.

—No, mi capitan.

El oficial volvió la cara buscando á álguien que conociese la fruta, porque los arbustos se iban haciendo mas y mas abundantes, y todos comenzaban ya á comer.

Tio Lalo, Ramona y Cacomixtle iban cerca, y el oficial los llamó.

—Oye—dijo á Lalo—¿conoces esa frutilla?

—Sí señor: nosotros la llamamos petatillo.

—¿Se puede comer? ¿no es veneno?

—No señor: por mi tierra hay mucha, y hacen atole de él las mugeres; pueden comer cuanta quieran, que no hace mal.

Muchos oyeron la relacion del tio Lalo; y la noticia de que aquella frutilla era inocente, voló de boca en boca, y hasta los mas tímidos se pusieron á comer sin escrúpulo.

—¿Qué has hecho?—dijo Ramona á su marido—¡si esa fruta es veneno!

—Mejor; ya lo sabia yo: déjalos que revienten todos: lo que importa es alejarnos, no comience á hacer efecto, y me echen la culpa. Vámonos: anda, Cacomixtle.

Y se pusieron á caminar, ganando terreno, porque los soldados estaban entretenidos en la cosecha del petatillo, abundantísimo por alli.

—Jorge, dijo Murillo, no comas esa yerba.

—¡Dios me libre! me causa aversion.

Pero todos comian, apesar de las amonestaciones de Murillo y Jorge.

Se siguió el camino, y habian ya pasado dos horas, cuando un soldado lanzó un grito extraño, tiró el fusil y cayó á tierra enmedio de espantosas convulsiones. Nadie se acordaba de la frutilla; nadie atribuyó aquello sino á algun mal crónico, á epilépsia que sin duda padeceria aquel hombre.

A las cinco de la tarde, la infantería hizo alto en una pequeña ranchería que se llama Urapita, y la caballería en una pobre fundicion de fierro que se llama las Escobillas.

Eran dos mil infantes y ochocientos ginetes: las mugeres, los criados, los vivanderos, &c., podrian componer otras cuatrocientas personas: formaba aquel grupo, pues, un total de tres mil doscientas personas cuando menos.

Todos habian comido el fruto del petatillo á la misma hora, y á la misma hora, con corta diferencia, debia hacer efecto el veneno. La tropa acababa de hacer alto, y se iba á pasar lista.

Un dragon lanzó un grito y cayó del caballo, y casi al mismo tiempo, otro, y otro, y veinte, y ciento, y todos.

Los hombres caian como granizo: por todas partes lanzando aquellos gritos estridentes, horrorosos, que hacian estremecer: se retorcian y se revolcaban por el suelo haciendo gestos espantosos, con los ojos torcidos, mordiendose y destrozandose la lengua, y arrojando la sangre de aquellas heridas, revuelta con una espuma blanca y fétida.

Un sudor frio y biscoso cubria sus rostros azulados, y hacia pegarse en ellos el polvo del campo, dando con esto un aspecto mas sombrío á todos aquellos infelices.

Pasaba un acceso, entraba un momento el reposo, y de repente otro ataque mas terrible que el anterior venia á causar nuevos dolores y nuevos tormentos á los enfermos.

Ninguna medicina, ningun auxilio era allí posible; treinta ó cuarenta personas habian quedado en pié, y con ellas nada se podia hacer, siendo los atacados mas de tres mil.

No habia centinelas, ni guardias, ni nada; no se desembridaron los caballos, y aquellos animales, acosados por el hambre y la sed, comenzaron á buscar alimento y agua, arrastrando unos la lanza que se atoraba en la cuja, rompiendo otros la montura entre los árboles, haciendo otros dispararse los mosquetones al echarse en tierra con y las armas, que nadie habia podido quitarles.

Aquello era espantoso: cualquiera descripcion es fria y descolorida, comparada con aquel cuadro de luto y desolacion; cualquiera idea que pueda formarse es débil y dista mucho de aquella escena sombría.

La noche tendia ya su manto, y negras y tempestuosas nubes se iban levantando por el Oriente.

La maleza del bosque dió paso á un hombre que se adelantó cautelosamente enmedio de los envenenados, que se agitaban como reptiles moribundos.

Era el tio Lalo.

—Bien, dijo, surtió efecto; es una fortuna: en dos horas de camino estoy en Ario, y á las doce de la noche ya está aquí nuestra tropa, lanceando á estos perros que no harán mas resistencia que si fueran cerdos: y desapareció por donde habia venido.

—Murillo, dijo Jorge, esto es horrendo; me parece que soy víctima de una pesadilla.

—¡Qué noche, Dios mio! contestó Murillo: esos gritos, y esos gestos, y esas bocas llenas de espuma sangrienta, todo me aterra, me espanta: creo que voy á volverme loco.

—Y la tempestad que está encima, y no hay ni con que cubrir á uno solo de esos desgraciados.....

—No es eso solo; si el enemigo lo sabe, con cincuenta hombres nos derrota, nos aprende á todos.....

—¿Pero habrá quien tenga corazon de avisarle?

—Creo que no; seria necesario tener corazon de hiena.

—¿Han muerto muchos?

—No sé: yo he visto espirar á varios.....

—Ya está ahí la tempestad.

En efecto, los rayos se hacian mas frecuentes y caian mas cerca, y el agua se desprendió de las nubes; en un instante quedaron empapados aquellos infelices enfermos.....

Tio Lalo y su familia caminaban lo mas aprisa que les permitia la oscuridad de la noche, con objeto de llegar á Ario y dar parte de lo que acontecia en el campo republicano; pero por mas que hacia, el camino era escabroso y la tempestad ennegrecia mas y mas el cielo, hasta que comenzó á llover.

Entonces, maldiciendo á su suerte, y á los republicanos, y á la lluvia, y hasta al cielo mismo, tuvo que detenerse á su pesar.

Los torrentes crecieron con la lluvia, los senderos del bosque quedaron intransitables, y el tio Lalo reservó para la madrugada la buena noticia que llevaba á los imperiales.

Asi es que mientras los independientes se quejaban de la tormenta, la tormenta los salvaba de caer en manos del enemigo, que los hubiera encontrado inermes.

Toda la noche lucharon los enfermos entre la vida y la muerte; muchos sucumbieron, pero fueron muchos los que salvaron; y cuando el sol del dia siguiente alumbró, los muertos estaban depositados en una galera de la fundicion, y los que habian escapado, pálidos y vacilantes, formaban en sus cuerpos respectivos en el llano sembrado de flores, donde se levanta la rancheria de Urapita.

Cuando los imperiales vinieron al lugar de la catástrofe, solo encontraron cadáveres, y unos muy pocos enfermos, que quedaban incapaces de caminar, y á los que determinaron desde luego fusilar en Ario.

El tio Lalo, satisfecho de su obra, pero temeroso de los republicanos, se decidió á emprender un viaje en busca del tesoro; y seguido de su Ramona y de Cacomixtle, tomó el camino de Huetamo.

VIII.

El perro del balsero.

DEJEMOS á las tropas de la República seguir su marcha, y acompañemos al tio Lalo y á su Ramona, que viajan en busca del tesoro de la tia Ursula.

El camino era tan seguro como penoso, despoblado, pero en cambio, tan tranquilo, que podia hacerse noche y descansar en cualquiera parte libre de zozobras: seis dias de fatiga, y llegaron al rio de las Balsas.

—¿Estás segura de las señas? dijo el herrero.

—Segura, contestó Ramona: "rio abajo como un cuarto de legua del balseadero, al pié de una ziranda que está entre dos palmas."

—Bueno: mañana la emprendemos; hoy descansamos aquí en las casitas del embarcadero, y nos procuramos algunos instrumentos para hacer la escavacion; pedirémos posada en la casa del balsero.

La casa del balsero era un jacalito con un "toro" pequeño, bajo el cual estaban moliendo maiz para hacer tortillas, dos mugeres. Las mugeres muelen por allí paradas, no arrodilladas como en la tierra fria; el metate está colocado sobre unos horcones de madera que le ponen á la altura de una mesa.

Tio Lalo encontró hospitalidad, cenó con su familia un enorme pescado acabado de sacar del rio, y pasó el resto de la noche platicando con su muger ó soñando en su tesoro.

Muy temprano iban ya en marcha buscando la ziranda.

—Es fortuna, decia tio Lalo, haber sabido esto.

—Y mas, contestaba la muger, ganarles la mano y llegar antes que ellos.

—¿Pero será una cosa segura? todavia me parece que no hay nada.

—Eso de que no hay nada, no puede ser; tu has oido la conversacion que tenian Jorge y su amigo.

—¡Qué casualidad que no nos hayan conocido!

—No se han fijado, y tú has variado de rostro con haberte dejado crecer toda la barba.

—Ya lo creo..... Pero mira, aquí hay una ziranda y una palma.

—Pero no dos palmas.

—Es verdad, pero puede haber caido la otra.

—Tambien es cierto; pero marcarémos este lugar, y vamos mas adelante á ver si hay algo mas parecido á lo que sabemos.

Y siguieron caminando. Habian andado mas de dos leguas, cuando el herrero dijo:

—Mas adelante no puede ser, porque esto es doble de un cuarto de legua: nada hemos encontrado; y si en algun lugar está, es allá donde yo te dije.

—Pues volvámonos.

Volvieron siempre examinando la ribera, hasta llegar al árbol que habia llamado la atencion de Lalo: no habia que vacilar, allí debia ser.

—Descansarémos un poco, dijo Ramona; comerémos algo de lo que viene en el itacate que trae Cacomixtle, y comenzarémos á trabajar.

Cacomixtle acercó las alforjas, y sacaron carne, tortillas, huevos cocidos, y una botella de mescal.

El herrero comió con muchas ganas, tomó un gran trago de mescal, y se puso en la lengua algunos granos de sal.

Esta es una costumbre de la gente de por allá; toman mescal y luego un poco de sal, que dicen que hace buen efecto; y verdaderamente les quita el mal sabor que aquel vino puede dejarles.

—Ahora, manos á la obra. A ver, Ramona, dame esa tarecua.

La tarecua es una especie de pala de hierro, con la figura de medio corazon, y que tiene un mango largo de madera muy fuerte.

—Esta piedra parece que se puso aquí como señal: vamos á ver.

Y el herrero comenzó su trabajo con tal entusiasmo, con tanta exaltacion, como si de veras fuese á encontrar algo.

Habia cavado ya dos horas: el sudor empapaba su rostro, el trabajo adelantaba rápidamente porque todo aquel terreno era muy blando, pero no daba resultado alguno.

Lalo estaba cansado, y Cacomixtle tuvo que reemplazarle; pero Cacomixtle era muy jóven, y tambien se rindió á la fatiga, y Ramona tomó la tarecua: no era ya una sola escavacion la que se habia hecho, eran varias mas ó menos profundas, pero aquel lugar se iba convirtiendo en un harnero.

Lalo volvia á la carga, y Cacomixtle, y Ramona, y se relevaban, y se reemplazaban, y volvian á cansarse y á reposar, y de cuando en cuando la botella de mescal venia á restaurar sus fuerzas y á alentar su ánimo.

La noche llegó, y tio Lalo tuvo que desengañarse de que no existia tal tesoro, ó si existia no era en aquel lugar, lo cual era la verdad, porque como nuestros lectores saben, hacia ya mucho tiempo que estaba en poder de D. Juan.

Lalo se retiró con todo el mal humor de que era capaz, y quiso pasar aquella noche en el mismo lugar que la anterior.

Cuando una vez se ha recibido por allí hospitalidad en una casa, se contrae una especie de obligacion con el dueño de ella, de ir siempre que se pasa por allí, á vivir en la misma casa.

La familia llegó, y comenzó la cena, pero tan silenciosamente como si volvieran todos de un entierro.

Cerca del tio Lalo estaba echado un perrito pequeño. Cuando uno está incomodado, todo le disgusta: Lalo tiró al perrito un pedazo de tortilla, y el animal no lo comió.

—¡Vaya! dijo el herrero, pues éste querrá marquesotes: ¿es de la casa este perrito, señora?

—No señor, es de un balsero; pero hoy se vino á meter aquí, y se ha estado ahí muy triste todo el dia.

—¿Entonces le podemos correr?

—Como usted quiera.

Lalo se paró, y acercandose al perro quiso darle un puntapié, pero el animal no estaba para sufrir seguramente, y tio Lalo lanzó un juramento; el perrillo le hincó toda su dentadura en la pierna, y echó á huir.

Las mugeres, espantadas, rodearon á Lalo, pero él estaba muy enojado para dejarse curar.

—No quiero nada, dijo, no es nada: mañana ya estaré bueno, y ni me acordaré de esto.

A la mañana siguiente caminaba ya muy tranquilo de vuelta para Morelia.

La dueña de la casa en que habia pernoctado tio Lalo, cosia sentada en la puerta de su cocinita; un muchachon alto y del-

gado, pálido como toda la gente de por allí, pasaba por enfrente.

—Adios, señora.

—Adios, Encarnacion: ¿qué dicen de nuevo?

—Nada, señora: ¿se acuerda usted de mi perrito..... el turco?

—Sí, vaya; pues si ayer todo el dia se estuvo metido aquí.

—¿Aquí se estuvo? con razon no le hallaba.

—Por mas señas que mordió anoche á un forastero que se fué esta mañana.

—¡Ave María Purísima! ¿le mordió.....?

—Sí, ¿pero qué?

—¡Cómo! si desde ayer tenia el mal, y por eso acabo de matarle.